

SENTIDOS DEL CUERPO: PENAS Y CASTIGOS EN LA LITERATURA

ARGENTINA

Lucía Caminada Rossetti*

lucia.caminada@gmail.com

El niño proletario: el poder castigar

*Vas a obligarme a dejar la letra por la navaja*¹

Tracemos un breve recorrido por la emergencia y las condiciones de producción de los dos relatos más relevantes de Osvaldo Lamborghini: *El fiord* se escribe en 1967 y recién se publica en 1969 en una editorial clandestina; mientras que *El niño proletario* se encuentra inserto dentro de la serie que reúne *Sebregondi Retrocede* datado en 1973. Sin embargo, en la "Nota del compilador" a la reedición de *Novelas y Cuentos I*, César Aira afirma la existencia previa del cuento, cuya circulación se evidenció como panfleto ya en 1960.

La portada de la primera edición de *El fiord*, contiene la imagen de un gran falo que llama la atención ya que resulta provocativa para ese entonces: desde un inicio se construye un lector modelo perfilando hacia un horizonte ideológico bien posicionado en la esfera de los saberes políticos, psicológicos y literarios. Por otro lado, Osvaldo Lamborghini tiene una trayectoria dentro de la militancia política vinculada al peronismo, y esto significa que para poder leer dichos textos, es fundamental relevar las competencias políticas del autor a la hora de escribir que se ponen de manifiesto en las numerosas referencias en los textos: CGT

* Licenciada en Letras UNC. Investigadora Ciffyh – UNC. Master "Crossways in Literary Narratives" en Italia, Francia y España. Becaria del Doctorado Erasmus Mundus de la Unión Europea "Cultural Studies in Literary Interzones" en la Universidade Federal Fluminense, Brasil; Universidad de los Estudios de Bergamo, Italia y Universidad Paris X, Francia.

¹ Lamborghini, Osvaldo (2003), "Sebregondi retrocede". En *Novelas y cuentos I*, Sudamericana, Buenos Aires. Pág. 32

(Confederación General de Trabajo), la figura de Augusto Timoteo Vandor, el peronismo, el marxismo, etc.²

Se traen a mención las palabras del escritor acerca de *El niño proletario* para poder entender la programática literaria en función del activismo político y la posición desde la cual enuncia Lamborghini, así como la inmersión de éste en un circuito destacado ideológicamente: "Yo me proponía cosas tales como: ¿porqué salir como un estúpido a decir que estoy en contra de la burguesía? ¿Por qué no llevar a los límites y volver manifiesto lo que sería el discurso de la burguesía? ¿Qué va a quedar comprometido?"³.

En el lapso de los años 1955 y 1966 – entre la Revolución libertadora y la Revolución Argentina – se pueden esbozar aspectos signados por una crisis entre grupos políticos y sociales. Frente a los golpes militares de 1956 y el de 1966, y al ser escrito entre 1966 y 1967 para posteriormente ser publicado en 1969, *El fiord* constituye "una irrupción pornográfica en esta escena, una re- ocupación del espacio del Estado (...) se ofrece a ser leído como una alegoría de la emergencia de una "nueva izquierda nacional"⁴. Las condiciones de producción de los relatos guardan ciertos paralelos asociados a la posición política que asume el escritor.

El fiord es un relato político ya que transcribe la "historia colectiva de los

² Se saca a luz una postura que puede completar la lectura propuesta en este artículo. Los cruces entre política y literatura se evidencian en los relatos de Lamborghini y de esta manera la metáfora para leer dichas marcas ideológicas se vuelven corporales. En particular *El fiord* se lee como bisagra entre las transiciones políticas, es decir, las interzonas del discurso que realzan la homologación entre disciplinas: *es un texto en clave, datado, con todos los efectos de coyuntura del género; fue escrito durante la dictadura militar de Onganía y cuando Perón estaba en el exilio: durante la preparación de la guerra. Fue editado por una editorial inexistente y se leen en él todas las posturas de la semiclandestinidad en un país oprimido y tenaz, con héroes- traidores. Los juegos de las iniciales de los nombres y sus posiciones (la política simbólica de la letra) construyen cada vez las posiciones de los sectores en lucha y las cartas del género: un juego entre las letras-nombres-cuerpos...*". En: Ludmer, Josefina. (1988), *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Sudamericana, Buenos Aires, Pág. 156

³ Lamborghini, Osvaldo. (1980), "El lugar del artista. Entrevista a Osvaldo Lamborghini", En *Lecturas críticas: revista de investigación y teorías literarias*, Buenos Aires, Año I, Nº 1. P. 48-51.S/d.

⁴ Kraniauskas, John. (2000), "Revolución- porno: *El fiord* y el estado Eva- peronista". En *BOLETÍN* Nº 8. del Centro de estudios de Teoría y Crítica literaria, UNCR. Pág.45.

hombres en términos de un retorno de lo reprimido o la traducción de conflictos de poder e ideologías, en peripecias de un fantasma primitivo de orgía, incesto y parricidio⁵. Se identifican dos planos de representación: el peronismo como fiesta orgiástica y la sexualidad como terreno de enfrenamientos ideológicos.

En la literatura argentina, existen una serie de relatos del cuerpo⁶: hay políticas de representaciones que se orientan a configurar la otredad como insalubres, nocivas, criminales o portadoras de enfermedad⁷. Al seguir esta línea de interpretación, *El niño proletario* y *El fiord* se interrelacionan con eje de "Pequeños asesinatos republicanos"⁸.

Por lo tanto, al tener en cuenta estas observaciones, retomamos el planteo según el cual indagamos que la corporalidad que se representa en el *El niño proletario* es -en algún punto-, una fiesta política. Fiesta política en donde se juega con la alteridad; se ríe de la otredad e incluso identificamos elementos del realismo grotesco para materializar el cuerpo como objeto lúdico. Se puede agregar que además se caracteriza por las representaciones estrechamente ligadas a dar cuenta de una cultura signada por los excesos y estas representaciones político-literarias configuran relaciones de poder.

Ahora bien, corresponde agregar que así como 'La Argentina lamborghiniana es

⁵ Premat, Julio. (2000) "El escritor argentino y la transgresión. La orgía de los orígenes en *El fiord* de Osvaldo Lamborghini", En *BOLETÍN* N° 8. del Centro de estudios de Teoría y Crítica literaria, UNCR, Pág.57.

⁶ Giorgi, Gabriel. (2004), *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*, Beatriz Viterbo, Rosario.

⁷ Salessi, Jorge. (2000), *Médicos maleantes y maricas*, Beatriz Viterbo Rosario.

⁸ En los asesinatos de esta índole, la figura del niño se diferencia por estar individualizado frente a grupos fortalecidos. En ambos relatos mueren dos niños víctimas de las relaciones de poder extremas que recaen sobre ellos perpetuadas como acciones violentas. Iglesias propone leer *El niño proletario* como una inversión de los crímenes de *El Matadero*. En *El Matadero*, desde la lógica de la guerra, la vejación y la violencia están permitidas, (justificadas en la posición política de no dejar ingresar al otro político). Por lo tanto, al igual que la muerte del niño, la del unitario está justificada también. Iglesia, Cristina. (1998), "Mártires o libres: in dilema estético. Las víctimas de la cultura, en *El Matadero* de Echeverría y en sus reescrituras. Cristina Iglesia comp, *Letras y divisas*, Eudeba Universidad de Buenos Aires. Bs. As.

el país de la representación”⁹ se puede leer en *El niño proletario* esta operación de segregación de la otredad como consecuencia de las relaciones de poder. Encontramos la figura del proletario que se destaca porque internaliza la violencia simbólica en el cuerpo marcado por entrecruzamientos políticos y sexuales: intercambios o sujeciones ejercidas en lo corporal en espacios obturados (dentro del cuerpo del proletario). Finalmente, resulta importante recalcar esta lectura de la literatura argentina desde construcciones de dimensiones que articulan la estigmatización de la otredad con la violencia, el sexo, la política y el exceso.

Nos atañen estas acotaciones como ideas disparadoras para orientar nuestra lectura. La afirmación citada nos lleva a cuestionar de qué manera se relacionan las condiciones de producción con relatos y el cuerpo que se representa con rasgos ligados a lo festivo y a los excesos¹⁰. En el *El niño proletario* (1973) de Osvaldo Lamborghini, consideramos que la concepción de otro carnavalesco (proletario) como disímil y políticamente diverso a la comunidad de iguales (los burgueses) es representativa en este relato¹¹.

El relato representa lo repulsivo, es decir, lo que se aleja de lo bello en tanto objeto de deleite, armónico e íntegro. Es entonces que se instaura una estética de lo repulsivo cuyos rasgos se corresponden con el lenguaje obsceno y vulgar, el efecto de inacabado en el proceso de escritura, por ejemplo. Ligado a esta

⁹ Aira, César. (1988), “Osvaldo Lamborghini y su obra”, en *Osvaldo Lamborghini. Novelas y cuentos*, Ed. del Serba, Bs. As.

¹⁰ En *El niño proletario* leemos que “*la sociedad burguesa, se complace en torturar al niño proletario, esa baba, esa larva criada en medio de la idiotez y del terror*”. Op. Cit. Lamborghini, 2003, Pág. 50.

¹¹ La tensión narrativa se da entre éstos dos grupos sociales. Claro está que la formulación teórica acerca de la problemática entre burgueses y proletariado, tiene sus bases en El Manifiesto Comunista de Marx y Engels. En la nota de éste último a la edición inglesa de 1888 se refiere que: “*Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir*”. Marx, Karl. Engels, Friedrich. (2007), *El Manifiesto comunista*. F.C.E., México, Pág. 157. El ingreso de términos marxistas pone en funcionamiento una serie de significados que van más allá de lo simbólico: los sentidos políticos del cuerpo y del relato quedan subyugados en la dinámica de una lectura política orientada, es decir, guiada por cuestiones ideológicas concretas.

cuestión, César Aira escribe en el prólogo a la reedición de las *Obras Completas*¹² de Osvaldo Lamborghini, algunos puntos que señalan la densidad literaria y lo fragmentario como aquellos focos que cristalizan lo legible y en consecuencia, cataloga sus obras como "*objetos fractales*".

Se plantea a raíz de esto, que en "*El niño proletario*" (1973) hay una doble articulación entre poder y representación. Esto implica pensar la representación del poder en el discurso literario teniendo en cuenta configuraciones y figuras que discursivizadas producen ciertos efectos, y a su vez son representaciones literarias que tienen poder de representación de lo socio-político.

Por otro lado, es posible identificar cómo en la construcción de lo corporal se encarnan representaciones vinculadas al poder, esto es: en la materialidad discursiva, en la configuración de los cuerpos. Esbozamos esta última idea agregando que para pensar en el poder de representación, el vínculo entre cuerpo y representación se vuelve difuso en el sentido que en lo corporal se inscriben los sentidos de lo social, lo político y la violencia. Es en dicha inscripción donde al encarnar el poder, la representación corporal asume un espesor temporal que permite que ciertas alusiones sean reconocibles por una cultura¹³. En este sentido, Gabriel Giorgi destaca que los relatos de Lamborghini:

Exploran la sexualidad y la vida del cuerpo como materia política en sí misma. Son textos donde los cuerpos aparecen como materia al mismo tiempo opaca y residual respecto de las representaciones colectivas, las identidades, las subjetividades: un resto que refracta de manera obscena, irrepresentable, las operaciones de inscripción, constitución, producción de sujetos¹⁴

La *otredad* sería el elemento dislocante y desestructurante, que desintegra los

¹² Aira, César. (1988), "Osvaldo Lamborghini y su obra", en *Osvaldo Lamborghini. Novelas y cuentos*, Ed. del Serba, Bs. As.

¹³ En "*El Niño proletario*", los cuerpos encarnan principalmente dos clases sociales: burguesía y proletariado.

¹⁴ Giorgi, Gabriel. (2004), *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*, Beatriz Viterbo, Rosario, Pág. 109

regímenes representados. El "otro" se conforma como objeto de la fiesta, es decir, del juego con entre los cuerpos e ingresa al espacio de la comunidad como aquél que interrumpe las dimensiones temporales y espaciales del clan sagrado y/ o de iguales de la burguesía: "A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la "comuna" una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses"¹⁵.

Asimismo, sostenemos que este otro se carnavalesca cuando se interrelaciona o entra en contacto con la comunidad sagrada cuyos miembros se identifican por semejanzas en las prácticas sociales. El *otro carnavalesco* sería entonces no sólo desplazado, sino segregado, torturado, blasfemado, vejado o estigmatizado peyorativamente.

Relacionado con las representaciones y tensiones que se entretajan en la configuración de la otredad/ comunidad, Foucault señala que donde existe el poder, hay resistencia. Los puntos de resistencia (que son múltiples) están presentes en toda la red de poder. Dentro de las relaciones de poder, los puntos de resistencia desempeñan la función del adversario. Las resistencias están en el campo estratégico de las relaciones de poder. Tales resistencias "constituyen el otro término de las relaciones de poder; en ellas se inscriben como el irreductible elemento enfrentador"¹⁶

Las relaciones de poder plasmadas en el discurso dan cuenta de algunas representaciones sociales que se observan en lo corpóreo¹⁷: el niño proletario,

¹⁵ Op. Cit. Marx, Engels, Pág. 161

¹⁶ Foucault, M. (1992), *Microfísica del poder*, La Piqueta, Buenos Aires, Pág. 117

¹⁷ Resulta importante el estudio de Ginés Navarro en *El cuerpo y la mirada* puesto que resalta los entrecruzamientos entre discurso y cuerpo, literatura y representación corporal; a partir de estos cruces, surgen otros lineamientos tales como los nexos entre la representación del cuerpo y la muerte, el sacrificio, el exceso, etc. Al retomar algunas lecturas de Friedrich Nietzsche y principalmente basándose en el pensamiento de George Bataille, Ginés Navarro, considera que dentro de las representaciones de la corporalidad en la literatura, el cuerpo es foco de inteligibilidad y significación. En él se encarnan representaciones de la realidad que dan cuenta de un pensamiento: "Tomar el cuerpo como hilo conductor del pensar implica que tome la palabra para

desde su modo de vestir, reproduce una representación estereotipada del proletario. Representación del obrero trabajador caracterizada por el uso del "pantaloncito sostenido por un solo tirador de trapo gris, mugriento y desflecado"¹⁸.

En el relato, dado que la voz que narra se posiciona como adversario de los obreros y la clase proletaria, las designaciones que dan cuenta de la forma de vestir de la alteridad connotan rasgos o adjetivaciones peyorativas ("*sucio tirador*"). Desde la forma en que se representa la apariencia del proletario, se despliegan signos que estigmatizan nocivamente. Dicha estigmatización forma parte del devenir objeto carnavalesco para los burgueses que juegan con el cuerpo que simboliza la otredad.

El niño agredido en el relato se construye como víctima de la cultura. Al conformarse como la otredad – desde el punto de vista de la exterminación de la alteridad política- jugar y matar al enemigo entran en la lógica de extirpación de la diferencia: el niño proletario como chivo expiatorio de los niños burgueses¹⁹. Tal como es posible leer en *El niño proletario*, el lugar privilegiado es el cuerpo del otro, vale aclarar: adentro del cuerpo de esa otredad (la sodomización), el maltrato y las torturas que realizan los burgueses ejecutores de las prácticas sexuales con la corporalidad del niño proletario concebida como materialidad física que se plantea como lugar de conflicto.

articular un discurso mudo que, sin embargo, se hace visible dentro de sus representaciones" (Navarro, 2000: 9). El cuerpo conlleva a concebir múltiples representaciones y por ende, al aislamiento de la concepción del discurso único.

¹⁸ Op. Cit. Lamborghini, (2003), Pág. 57

¹⁹ Para establecer un parangón con *El fiord*, el niño que nace simboliza el porvenir de una nueva doctrina: "Eva Perón aparece invocada y transformada en madre parturienta y la encarnación sexualizada del trabajo organizado (CGT) y conforma un elemento carnavalesco en la representación violenta de la sexualidad. Los cuerpos se construyen como caricaturas o muñecos." En Op.Cit. Kraniauskas, Pág. 45. Asimismo, en *El fiord* se apunta a ver de qué manera las relaciones sociales y los actos que integran el espacio están animalizados; se repiten prácticas que se plasman en las marcas verbales: "*quebrábale*" "*machacarle*" "*rebentábale*" "*relinchó*" "*espuelas*" "*cacareó*". La significación política del plan de lucha y las lecturas combativas de mezclan con estos escenas de masturbación y sodomía, por ejemplo. Sin embargo, la política aparece representada en el orden de lo sagrado estableciendo parangones con lo religioso y sexual.

En esta modalidad violenta, el relato trasluce múltiples rituales de una ceremonia burguesa: el niño no goza. El devenir objeto forma parte de un encadenamiento de rituales de degradación. En este proceso, el placer de torturar se deposita en aquellos que estimulan las prácticas en el cuerpo del proletario, es decir, los tres niños burgueses. El goce corresponde a éstos, mientras que el niño proletario está privado de cualquier placer, incluso el sufrimiento como expresión del sentir, queda casi disminuido en el acontecimiento que se describe.

Estigmas del cuerpo: La tortura y la vejación

*El cuerpo es un mapa*²⁰

Como argumentamos anteriormente, en *El niño proletario*, se pueden señalar dos grandes grupos de representaciones sociales: proletariado y burguesía. Dichos grupos además representan una *clase* o sector social. Desde el título, vemos que la atención se deposita en el niño proletario. El niño proletario en el relato funciona como un cuerpo cuyo sentido aúna nociones que aluden al mal, a lo negativo y por lo tanto, hay que destruir, borrar o torturar el cuerpo proletario: "El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento"²¹. A partir de una concepción burguesa (que aquí protagonizan tres niños incluyendo al enunciator), se construye una lógica de tortura y vejación.

El poder de castigar, se fundamenta justamente en la negatividad que representa todo aquello referido a lo proletario. Ésta negatividad se funda en base a una lógica burguesa autoproclamada como legítima y buena: "Desde este ángulo de agonía la muerte de un niño proletario es un hecho perfectamente lógico y natural. Es un hecho perfecto"²².

²⁰ Ibídem Pág. 35

²¹ Op. Cit. Marx, Engels. Pág. 163

²² Op. Cit. Lamborghini, 2003. Pág. 57

Dentro de lo que Gabriel Giorgi denomina como “cuentos del cuerpo” el organismo del niño “habita” la zona del discurso y por un lado, instaura una fábula de ingreso a la subjetividad al orden simbólico y por otra parte el cuerpo del niño proletario funciona como: “experimento en torno a las condiciones de inscripción del cuerpo en el orden de la representación y, al revés, del orden de la representación en los cuerpos, es decir, en torno a la incorporación total del cuerpo en el régimen abstracto”²³

Resulta de particular interés ahondar en esta línea de análisis, ya que desde esta perspectiva hay un juego en las representaciones en las cuales se suscitan cuestiones políticas simbolizadas en los cuerpos. Consideramos que dichas representaciones están estrechamente ligadas con las políticas de representación y las ficciones normativas. Las ficciones normativas²⁴ se apoyan en un discurso social que adquiere el estatuto legítimo para implantar una serie de preceptos para moldear una identidad homogénea.

De esta manera, en *El niño proletario*, a partir del lenguaje médico se instaura un sistema de diferenciación del otro. La otredad carnavalesca, en consecuencia, se construye a partir de un fundamento positivista, excluyente y normativo:

Desde que empieza a dar sus primeros pasos en la vida, el niño proletario sufre las consecuencias de pertenecer a la clase explotada. Nace en una pieza que se cae a pedazos, generalmente con una inmensa herencia alcohólica en la sangre. Mientras la autora de sus días lo echa al mundo, asistida por una curandera vieja y revicosa, el padre, el autor, entre vómitos que apagan los gemidos lícitos de la parturienta, se emborracha con un vino más denso que la mugre de su miseria²⁵

La descripción de la familia proletaria prosigue en el relato haciendo hincapié en las características enunciadas desde la burguesía que “ha desgarrado el velo de

²³ Op. Cit. Giorgi, Pág. 123

²⁴ Ibídem

²⁵ Op. Cit. Lamborghini, 2003, Pág. 56

emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero²⁶ y siguiendo dicho esquema de rebajamiento de lo proletario:

El padre borracho y siempre al borde de la desocupación, le pega a su niño con una cadena de pegar, y cuando le habla es sólo para inculcarle ideas asesinas. Desde niño el niño proletario trabaja, saltando de tranvía en tranvía para vender sus periódicos. En la escuela, que nunca termina, es diariamente humillado por sus compañeros ricos. En su hogar, ese antro repulsivo, asiste a la prostitución de su madre, que se deja trincar por los comerciantes del barrio para conservar el fiado²⁷

Prostitución, desocupación, familia desarmada, alcoholismo, golpeadores, criminalidad: son rasgos que entran en disyunción con la idea apolínea de familia ejemplar trabajadora, unida, y pura que promueve la sociedad y las normas morales instauradas por las políticas de estado.

Políticas corporales: la marca biologicista

En el relato, la escuela funciona como "*escenario de identificación*"²⁸ que marca los límites del nosotros respecto al otro. En tanto institución que transmite un saber y ente formador de los ciudadanos, la escuela en este caso segrega y excluye. Esto significa que en tanto también la escuela es una institución normativa, sigue las leyes igualitarias y modélicas que de alguna manera "moldean" las identidades según un esquema identitario nacional. La lógica que se sigue es la siguiente: si no se cumple con las condiciones que debe reunir un "buen niño" para representar el futuro de la nación y la sociedad, es discriminado, blasfemado y excluido:

²⁶ Op. Cit. Marx; Engels, Pág. 166

²⁷ Op. Cit. Lamborghini, O. 2003, Pág. 57

²⁸ Op. Cit. Giorgi, .G

Stroppani era su nombre, pero la maestra de inferior se lo había cambiado por el de ¡Estropeado! A rodillazos llevaba a la Dirección a ¡Estropeado! cada vez que, filtrado por el hambre, ¡Estropeado! no acertaba a entender sus explicaciones²⁹.

Jorge Salessi, en "Médicos, maleantes y maricas"³⁰, analiza los discursos y dispositivos de la higiene en los discursos y dispositivos de la criminología en la cultura argentina. En relación con "*El niño proletario*", la estigmatización de la clase obrera tiene un fuerte vínculo con la cuestión de "... las aglomeraciones urbanas de las que surgieron las nuevas clases obreras (...) fueron descritas como esas confusiones de cuerpos, líquidos o materias estancadas o aglomeradas en los espacios de la ciudad". Los obreros (como los inmigrantes, los homosexuales, las prostitutas y los asesinos –entre otros -), leído a partir del discurso médico oficial, constituyen focos insalubres y patologías que la sociedad se compromete a invisibilizar a través de diferentes modos de segregación.

Esta concepción médica- biológica, fundamentada en la sangre y la herencia (genética) como elementos constitutivos de la identidad. La burguesía "en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal"³¹. En consecuencia, respecto a una concepción biologicista del cuerpo, el otro proletario se representa en el relato como portador del mal social:

Con el correr de los años el niño proletario se convierte en hombre proletario y vale menos que una cosa. Contrae sífilis y, enseguida que la contrae, siente el irresistible impulso de casarse para perpetuar la enfermedad a través de las generaciones. Como la única herencia que puede dejar es la de sus chancros jamás se abstiene de dejarla. Hace cuantas veces puede la bestia de dos espaldas con su esposa ilícita, y así, gracias a una alquimia que aún no puedo llegar a entender (o que tal vez nunca llegaré a entender), su semen se convierte en venéreos niños proletarios. De esa manera se cierra el círculo,

²⁹ Op. Cit. Lamborghini, O. 2003. Pág. 56

³⁰ Salessi, J. (2000), *Médicos maleantes y maricas*, Beatriz Viterbo, Rosario.

³¹ Op. Cit, Marx; Engels, Pág. 162

exasperadamente se completa ³²

Con este precepto también se justifica el imperativo de homogeneización que la burguesía impulsa: "*La execración de los obreros también nosotros la llevamos en la sangre*"³³. Los rasgos del proletario (que se identifican con una "clase social") se definen por incluir rasgos de inferioridad o disminución relacionados con la debilidad, es decir, se resalta el cuerpo proletario como inútil e improductivo.

El castigo, según Foucault, podría leerse como una táctica política. El cuerpo "*está imbuido de relaciones de poder y de dominación*" como la fuerza de producción. Desde este punto de vista, el cuerpo implica pensar en un sistema de sujeción, en una fuerza de trabajo. Además, en cuanto fuerza útil, el cuerpo está sometido y es productivo en cuanto ésta sea ejercida. Por lo tanto, a los estigmas médicos que proclaman la extirpación del cuerpo enfermo y descompuesto, se agrega otro aspecto negativo en relación con el funcionamiento capitalista de la sociedad: un cuerpo que no produce es un cuerpo que no sirve.

La voz que enuncia se identifica con la burguesía. Por lo tanto, desde este lugar de enunciación, queda signado como adverso todo aquello que se asocie con lo proletario: "Me congratulo por eso de no ser obrero, de no haber nacido en un hogar proletario".³⁴ Zona de burgueses y zona de proletarios quedan separadas: la zona del bien y el del mal; puro e impuro; apolíneo y dionisiaco. De esta manera, los dualismos y separatismos entran en una red de sentidos que en el discurso plantean la dicotomía marxista de proletarios y burgueses así como puede leerse también en claves de peronismo o antiperonismo, derecha e izquierda: lo que se intenta dejar en claro es la cuestión del poder del discurso para acentuar las desigualdades en la sociedad y las jerarquías.

El cuerpo del niño proletario representa una mancha en el mapa del gran

³² Op Cit. Lamborghini, O. 2003. Pág. 57

³³ Ibídem Pág. 57

³⁴ Op Cit. Lamborghini, O. Pág. 57

cuerpo social. Por lo tanto, al internalizar un mal contagioso y perjudicial para el resto de la sociedad, el exterminio encuentra su fundamento en la idea de curar el cuerpo social extrayendo los focos peligrosos. Por consiguiente, el niño proletario deviene "homo sacer, el hombre que puede ser asesinado sin cometer homicidio, una existencia sin valor"³⁵.

Teniendo en cuenta esto, en el relato la justificación de la tortura basada en la diferencia social es determinante: 'Evidentemente, la sociedad burguesa, se complace en torturar al niño proletario, esa baba, esa larva criada en medio de la idiotez y del terror'³⁶. Marcar el cuerpo del otro que internaliza todos los males, es el programa narrativo del relato. Pero además dicha programática de eliminación de la alteridad se erige sobre una idea de comunidad de iguales en contraposición de otro (una voz unánime) que se diferencia notablemente del "nosotros":

Su violación y tortura es un experimento radical: asistir al espectáculo de la producción de un cuerpo despojado de todo reconocimiento, de todo pacto, disponible para proyectar sobre él, negativamente, las fábulas de identidad del "yo" y el "nosotros"³⁷

El cuerpo del proletario se carnavaliza y provoca a sus adversarios, incitando la violencia. En el proceso de tortura, a los burgueses el hecho de mortificar al enemigo les provoca placer: "Nuestro delirio iba en aumento. La cara de Gustavo aparecía contraída por un espasmo de agónico placer"³⁸.

En el procedimiento que se lleva a cabo para implantar el "orden", el torturador tiene los rasgos estereotipados de las figuras que abusan del poder para implantar un estado de cosas: "Porque el goce llama al goce, llama a la venganza, llama a la culminación"³⁹. La representación del poder se percibe principalmente en las tres figuras a cargo del crimen (los tres burgueses). Como dijimos anteriormente, los

³⁵ Op. Cit. Giorgi, Pág. 145

³⁶ Op. Cit. Lamborghini, O. 2003. Pág. 57

³⁷ Op. Cit. Giorgi, Pág. 142

³⁸ Op. Cit. Lamborghini, O. 2003. Pág. 57

³⁹ *Ibíd*em Pág. 58

burgueses son las figuras del relato autorizadas para normativizar la sociedad, autodesignándose las competencias para eliminar al enemigo social:

Con los falos enardecidos en las manos esperábamos y esperábamos, mientras Gustavo daba brincos que taladraban a ¡Estropeado! y ¡Estropeado! no podía gritar, ni siquiera gritar, porque su boca era firmemente hundida en el barro por la mano fuerte militar de Gustavo ⁴⁰

Al sodomizar y vejar el cuerpo del niño proletario, más allá del goce que experimentan los torturadores en el acto, el cuerpo es el depositario de la adversidad. En toda su materia, el proletario *es* el otro. Aquí es donde reside el poder de representación: el cuerpo es materia de transformaciones en el momento que es violentado. La corporalidad del niño deja de representar el mal y se torna materialidad simbólica, en donde la ficción juega con la idea de la materia tangible que *es* el mal, *es* la alteridad, *es* la enfermedad:

Esteban y yo nos precipitamos sobre el inmundo cuerpo abandonado. Esteban le enterró el falo, recóndito, fecal, y yo le horadé un pie con un punzón a través de la suela de sogas de alpargata. Pero no me contentaba tristemente con eso. Le corté uno a uno los dedos mugrientos de los pies, malolientes de los pies, que ya de nada irían a servirle ⁴¹

El cuerpo se inserta en un espacio político y social, lo que significa que el niño proletario es el blanco para los burgueses:

Clavó primero el vidrio triangular donde empezaba la raya del trasero de ¡Estropeado! y prolongó el tajo natural. Salió la sangre esparcida hacia arriba y hacia abajo, iluminada por el sol, y el agujero del ano quedó húmedo sin esfuerzo como para facilitar el acto que preparábamos. Y fue Gustavo, Gustavo el que lo traspasó primero con su falo, enorme para su edad, demasiado filoso para el amor ⁴²

El cuerpo es penetrado, atravesado por el poder. Concibe el sujeto como efecto

⁴⁰ Op. Cit. Lamborghini, 2003. Pág. 59

⁴¹ Op. cit. Lamborghini, 2003. Pág. 59

⁴² *Ibíd.* Pág. 58

y vehículo del poder así como también deviene producto de las relaciones de poder que precisan a su vez de cierta resistencia. Por lo tanto, el otro sobre el cual se ejerce la acción, debe ser reconocido y mantenerse como sujeto de acción pero al mismo tiempo se necesita de la apertura de un campo de respuestas, reacciones y efectos:

A fustazos le arranqué tiras de la piel de la cara a ¡Estropeado! y le impartí la parca orden:

—Habrás de lamerlo. Succión— ¡Estropeado! se puso a lamerlo. Con escasas fuerzas, como si temiera hacerme daño, aumentándome el placer ⁴³

Es por esto, que las relaciones de poder requieren de una *provocación* constante. Dicha incitación involucra estrategias, esto es: medios o mecanismos para tornar funcional o preservar el dispositivo de poder y modos de acción posibles sobre las acciones de los otros. Desde la perspectiva foucaultiana: "El cuerpo se encuentra atravesado por una serie de regimenes que lo apresan" "El cuerpo: definición de inscripción de los sucesos (...) lugar de disociación del Yo (...) volumen en perpetuo derrumbamiento"⁴⁴. En la asociación cuerpo-poder las relaciones de poder:

Operan sobre el (cuerpo), una presa inmediata; lo cercan, lo marcan lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. Este cerco político del cuerpo va unido, de acuerdo con unas relaciones complejas y recíprocas a la utilización económica del cuerpo; el cuerpo en una buena parte esta imbuido de relaciones de poder y de dominación como fuerza de producción....el cuerpo solo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido ⁴⁵

A la luz de la lectura de Foucault, "el arte de castigar debe apoyarse en toda una tecnología de la representación"⁴⁶. El cuerpo del proletario sirve para purgar lo negativo y al mismo tiempo genera placer. Por lo tanto, *dar muerte* al cuerpo otro,

⁴³ Op. Cit. Lamborghini, 2003. Pág. 61

⁴⁴ Foucault, Michel (1992): *Microfísica del poder*. Buenos Aires: Ediciones de La Piqueta. Pág. 14

⁴⁵ Foucault, Michel (1990): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI. Pág 132

⁴⁶ Foucault, Michel (1990): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI. Pág 108

concluye con el ritual de suplicio y representa la limpieza de lo sucio. Ante lo sucio que contamina, el exterminio del otro (es decir, "dar muerte" al cuerpo que es un "espacio en blanco" y representa por ende un cuerpo que "ocupa" espacio y no produce), es un acto que se naturaliza en el relato:

La verdad nunca una muerte logró afectarme. Los que dije querer y que murieron, y si es que alguna vez lo dije, incluso camaradas, al irse me regalaron un claro sentimiento de liberación. Era un espacio en blanco aquel que se extendía para mi cruzir⁴⁷

En la tortura, el primer grado de suplicio es la exhibición de elementos de tortura. Por eso: el vidrio, la "fusta", el falo, el punzón, la succión constituyen la artillería del suplicio. Además, el cuerpo del suplicio es el enclave de acción y es justamente objeto de exhibición y punto material de tortura. En los relatos, prevalece un "modelo primitivo" de prácticas ejercidas sobre el cuerpo supliciado. Aún el castigo sigue siendo el "*arte de las sensaciones insoportables*"⁴⁸. El suplicio como "*técnica de sufrimiento*", es aplicada sobre el cuerpo del otro:

Gustavo le tajeó la cara al niño proletario de arriba hacia abajo y después ahondó lateralmente los labios de la herida. Esteban y yo ululábamos. Gustavo se sostenía el brazo del vidrio con la otra mano para aumentar la fuerza de la incisión⁴⁹

Dentro de los estereotipos sociales erigidos sobre principios apolíneos de la familia unida, el proletario representa la familia corrompida:

...Reclamaba aquel pañuelo de batista, bordado y maternal. Yo le di para calmarlo mi pañuelo de batista donde el rostro de mi madre augusta estaba bordado, rodeado por una esplendente aureola como de fingidos rayos, en tanto que tantas veces sequé mis lágrimas en ese mismo pañuelo, y sobre él volqué, años después, mi primera y trémula eyaculación⁵⁰

⁴⁷ Op. Cit. Lamborghini, 2003. Pág. 61

⁴⁸ Foucault, M. (1990), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid, Pág. 18

⁴⁹ Op cit. Lamborghini, 2003. Pág. 61

⁵⁰ *Ibíd.* Pág. 61

En contraposición a la familia burguesa (en la cual la figura materna encaja con el modelo nacional "sarmientino"), la imagen de la madre del niño proletario se construye dentro de los suburbios, identificada con la promiscuidad y la prostitución. Por otro lado, otro contraste fuerte de representación se da en el uso de los colores y sus tonalidades (opaco/ brillante). Esta suerte de "mecanismo cromático" presenta por un lado, lo burgués asociado a lo puro junto con elementos como la claridad, la luz, los colores y la armonía:

oh por ese color blanco de terror en las caras odiadas, en las fajas obreras más odiadas, por verlo aparecer sin desaparición nosotros hubiéramos donado nuestros palacios multicolores, la atmósfera que nos envolvía de dorado color⁵¹

Lo externo (en el espacio donde realizan las prácticas los burgueses) es abierto, alto y es una zona "*iluminada por el sol*". Mientras el espacio donde está el cuerpo proletario es bajo tierra, entre el barro "*se ahogaba en el barro, con su ano opaco*" es cerrado. La conjunción de ambos polos de representación opuestos, se une mediante la penetración o la felación. El cuerpo del niño está invadido por la presencia burguesa. Además, en el acto de sodomización, los niños burgueses asumen una posición superior al ejercer un rol sexual activo. Dicho rol responde al modelo de activo/pasivo en la relación sexual entre hombre y mujer. Al permanecer en un rol pasivo, la figura del niño proletario adquiere otra marca negativa: la feminización.

Desde el discurso hegemónico desde donde se implanta un "modelo de ser", la identidad homosexual en plan nacional aparece excluido. De hecho, este recurso funciona aquí como manera de establecer en la configuración de la alteridad, otro rasgo que lo segrega y justifica el acto excluyente por parte de la burguesía.

⁵¹ *Ibíd*em Pág. 57

Sin embargo, en cuando entre burgueses (que conforman una comunidad de iguales), se produce el vínculo sexual entre personajes del mismo sexo, dicha práctica se asocia con la unión, con la hermandad. Cabe agregar que en el ejemplo debajo, también funciona el mecanismo de la luminosidad y lo brillante como símbolo de lo puro y lo alto:

A Esteban se le contrajo el estómago a raíz de la ansiedad y luego de la arcada desalojó algo del estómago, algo que cayó a mis pies. Era un espléndido conjunto de objetos brillantes, ricamente ornamentados, espejeantes al sol. Me agaché, lo incorporé a mi estómago, y Esteban entendió mi hermanación. Se arrojó a mis brazos y yo me bajé los pantalones. Por el ano desocupé. Desalojé una masa luminosa que enceguecía con el sol. Esteban la comió y a sus brazos hermanados me arrojé ⁵²

En el relato, en torno al cuerpo proletario giran representaciones sociales que se conglomeran en la materia corporal. El niño proletario es estigmatizado por sus adversarios como lacra social que encarna la enfermedad, la herencia criminológica, la debilidad productiva, la contaminación y la impureza. Basado en esta lógica, los burgueses matan al proletario (ese "cuerpo en blanco" que les significa el cuerpo inservible). En consecuencia, exterminar significa limpiar la sociedad de sus manchas (cuerpos escabrosos).

Las configuraciones de los rituales que dan sentido al cuerpo se plantean a partir del entrecruzamiento entre lo social y sexual. El cuerpo encarna la clase social o posición (burgueses contra proletarios) y dicha representación se dirige directamente *a/y contra* el cuerpo. De esta manera, las relaciones de poder que se generan entre éstos, se manifiesta en lo sexual como parte inseparable de la lectura de lo social.

A modo de conclusión:

⁵² Op Cit. Lamborghini, 2003, Pág. 59

A lo largo del trabajo, en *El niño proletario* identificamos algunas representaciones de poder, y asimismo analizamos de qué manera algunas representaciones socio-políticas funcionan en el discurso "traduciendo" prácticas que caracterizan a una cultura. En el relato que nos concierne se entretajan representaciones sociales en un proceso de "reelaboración". De hecho, coadyuvan estereotipos sociales que ingresan al discurso a través de diferentes modos de representación y en las relaciones lúdicas entre los cuerpos.

En el discurso literario, para llevar a cabo tal programa se procede a la tortura que consiste en blasfemar, sodomizar, feminizar (mediante la violación), vejar y maltratar al cuerpo *otro*. De esta manera, las representaciones sociales hegemónicas que se asocian con la figura de la burguesía, generan los estereotipos que circulan en la sociedad estrechamente ligados con el discurso médico (el cuerpo enfermo), higienista (la suciedad), racial (desde el discurso positivista se enuncia un programa de la inferioridad humana), familiar (unidad apolínea), moral y educacional (la escuela como ente segregador), etc.

Si bien hay muchas representaciones sociales y políticas que se plasman en el discurso literario, es en la configuración de lo corporal en donde se percibe el poder de representación, de la construcción de un sistema de identificación que integra y excluye. Por ende, en el relato el cuerpo no necesariamente "representa" la política sino que *es* la política; no representa la diferencia, sino que lo lleva como inscripción, como marca de indiferenciación (de ahí que podamos hablar de poder de representación). La representación del cuerpo proletario confrontada al grupo burgués crea un mecanismo de lectura que deja leer en el cuerpo representado las inscripciones sociales que hacen a la identidad y la confrontan con la alteridad.